**Concepción y nacimiento de Jesús según Mateo** ****

Mateo habla sobre la anunciación exclusivamente desde la perspectiva de san José, que, como descendiente de David, ejerce de enlace de la figura de Jesús con la promesa hecha a David.

Nos dice en primer lugar que María era prometida de José. Según el derecho judío entonces vigente, el compromiso significaba ya un vínculo jurídico entre las dos partes, de modo que María podía ser llamada la mujer de José, aunque aún no se había producido el acto de recibirla en casa, que fundaba la comunión matrimonial. Como prometida, «*la mujer seguía viviendo en el hogar paterno y se mantenía bajo la patria potestad. Después de un año tenía lugar la acogida en casa, es decir, la celebración del matrimonio*». Ahora bien, José constató que María «*esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo*» (*Mt* 1,18).

Pero lo que Mateo anticipa aquí sobre el origen del niño, José aún no lo sabe. Ha de suponer que María había roto el compromiso y —según la ley— debe abandonarla. A este respecto, puede elegir entre un acto jurídico público y una forma privada: puede llevar a María ante un tribunal o entregarle una carta privada de repudio. José escoge el segundo procedimiento para no «*denunciarla*» (*Mt* 1,19). En esa decisión, Mateo ve un signo de que José era un «*hombre justo*».

La calificación de José como hombre justo *(zaddik)* va mucho más allá de la decisión de aquel momento: ofrece un cuadro completo de san José y, a la vez, lo incluye entre las grandes figuras de la Antigua Alianza, comenzando por Abraham, el justo. Si se puede decir que la forma de religiosidad que aparece en el Nuevo Testamento se compendia en la expresión «*hombre de fe*», el conjunto de una vida conforme a la Sagrada Escritura se resume en el Antiguo Testamento con el término «hombre *justo*».

El *Salmo* 1 ofrece la imagen clásica del «*justo*», de modo que, podemos considerarlo casi como un retrato de la figura espiritual de san José. **Justo**, según este Salmo, **es un hombre que vive en intenso contacto con la Palabra de Dios**; «*que su gozo está en la ley del Señor*» (v. 2). Es como un árbol que, plantado junto a los cauces de agua, da siempre fruto. La imagen de los cauces de agua de las que se nutre ha de entenderse naturalmente como la palabra viva de Dios, en la que el justo hunde las raíces de su existencia. **La voluntad de Dios** no **es** para él una ley impuesta desde fuera, sino «***gozo***». La ley se convierte espontáneamente para él en «*evangelio*», buena nueva, porque la interpreta con actitud de apertura personal y llena de amor a Dios, y así aprende a comprenderla y a vivirla desde dentro.

Mientras que el *Salmo* 1 considera como característico del «*hombre dichoso*» su habitar en la *Tora*, en la Palabra de Dios, el texto paralelo en *Jeremías* 17, 7 llama «*bendito*» a quien «*confía en el Señor y pone en Él su confianza*». Se destaca de manera más fuerte que en el salmo, la naturaleza personal de la justicia, el fiarse de Dios, una actitud que da esperanza al hombre. Aunque ninguno de los dos textos habla directamente del justo, sino del hombre dichoso o bendito, podemos no obstante considerarlos la imagen auténtica del justo del Antiguo Testamento y, así, aprender lo que Mateo quiere decirnos cuando presenta a san José como un «hombre justo».

Esta imagen del hombre que hunde sus raíces en las aguas vivas de la Palabra de Dios, que está siempre en diálogo con Dios y por eso da fruto constantemente, se hace concreta en el acontecimiento descrito, así como en todo lo que a continuación se dice de José de Nazaret. Después de lo que José ha descubierto, se trata de interpretar y aplicar la ley de modo justo. Él lo hace con amor, no quiere exponer públicamente a María a la vergüenza. La ama incluso en el momento de la gran desilusión. No encarna esa forma de legalidad de fachada que Jesús denuncia en *Mateo* 23 y contra la que san Pablo arremete. Vive la ley como evangelio, **busca el camino de la unidad entre la ley y el amor**. Y, así, está preparado interiormente para el mensaje nuevo, inesperado y humanamente increíble, que recibirá de Dios.

Mientras que el ángel «entra» donde se encuentra María (*Lc* 1,28), a José sólo se le aparece en sueños, pero en sueños que son realidad y revelan realidades. Se nos muestra una vez más un rasgo esencial de la figura de san José: su **finura para percibir lo divino y su capacidad de discernimiento**. Sólo a una persona íntimamente atenta a lo divino, dotada de una peculiar sensibilidad por Dios y sus senderos, le puede llegar el mensaje de Dios de esta manera. Y la capacidad de discernimiento era necesaria para reconocer si se trataba sólo de un sueño o si verdaderamente había venido el mensajero de Dios y le había hablado.

El mensaje que se le consigna es impresionante y requiere una fe excepcionalmente valiente. ¿Es posible que Dios haya realmente hablado? ¿Qué José haya recibido en sueños la verdad, una verdad que va más allá de todo lo que cabe esperar? ¿Es posible que Dios haya actuado de esta manera en un ser humano? ¿Que Dios haya realizado de este modo el comienzo de una nueva historia con los hombres? Mateo había dicho antes que José estaba «*considerando en su interior*» *(enthymēthentos)* cuál debería ser la reacción justa ante el embarazo de María. Podemos por tanto imaginar cómo lucha ahora en lo más íntimo con este mensaje inaudito de su sueño: «*José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo*» (*Mt* 1,20).

A José se le llama expresamente hijo de David, indicando con eso al mismo tiempo la tarea que se le confía en este acontecimiento: como depositario de la promesa hecha a David, él debe hacerse garante de la fidelidad de Dios. «*No temas*» aceptar esta tarea, que verdaderamente puede suscitar temor. «*No temas*» es lo que el ángel de la anunciación había dicho también a María. Con la misma exhortación del ángel, José se encuentra ahora implicado en el misterio de la Encarnación de Dios.

Al anuncio sobre la concepción del niño en virtud del Espíritu Santo, sigue un encargo: María «*dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados*» (*Mt* 1, 21). Junto a la invitación de tomar con él a María como su mujer, José recibe el encargo de dar un nombre al niño, adoptándolo así legalmente como hijo suyo. Es el mismo nombre que el ángel había indicado también a María para que se lo pusiera al niño: el nombre Jesús *(Jeshua)* significa YHWH es salvación. El mensajero de Dios que habla a José en sueños aclara en qué consiste esta salvación: «*Él salvará a su pueblo de los pecados*».

Con ello se le confiere al niño un alto cometido teológico, pues sólo Dios mismo puede perdonar los pecados. Se le pone por tanto en relación inmediata con Dios, se le vincula directamente con el poder sagrado y salvífico de Dios. Pero, por otro lado, esta definición de la misión del Mesías podría también aparecer decepcionante. La expectación común de la salvación estaba orientada sobre todo a la situación penosa de Israel: a la restauración del reino davídico, a la libertad e independencia de Israel y, con ello, también naturalmente al bienestar material de un pueblo en gran parte empobrecido. La promesa del perdón de los pecados parece demasiado poco y a la vez excesivo: excesivo porque se invade la esfera reservada a Dios mismo; demasiado poco porque parece que no se toma en consideración el sufrimiento concreto de Israel y su necesidad real de salvación.

En el fondo, en estas palabras se anticipa ya toda la controversia sobre el mesianismo de Jesús: ¿Ha redimido verdaderamente a Israel o ha quedado todo como antes? La misión, tal como él la ha vivido, ¿es o no la respuesta a la promesa? Seguramente no se corresponde con la expectativa de la salvación mesiánica inmediata que tenían los hombres, que se sentían oprimidos no tanto por sus pecados, cuanto más bien por su penuria, por su falta de libertad, por la miseria de su existencia.

**Práctica semanal:** Tendré presente en todo momento si mis actos responden a la justicia evangélica, si vivo en intenso contacto con la Palabra de Dios. ¿La voluntad del Padre es mi gozo?

Continúa…